

La calle de mi calle

José Eder Toledo Cubillo

Coordinador de Investigación Extensión Pitalito

Tercer puesto

Yo tenía doce años cuando empecé a vender envueltos por el pueblo. Al principio recorría quince calles, pero después consideré otra y, por alguna razón, me parecía que estaba invadiendo la venta de otro niño; esa vaga sensación de culpabilidad me llevó a caminar sin ofrecer lo que llevaba en mi canasto. Coquetteé con la idea durante algunas semanas, pero no tomó cuerpo; no encontré ni me tropecé con ningún niño que llevara un canasto por aquella calle.

La calle tenía algo en particular: estaba empedrada; además de pocas puertas y muchas ventanas, todas permanecían cerradas. Los jardines de las casas, con sus rejas de hierro, rechinaban cuando alguien las movía o el viento jugaba con ellas. Me iba saltando por la mitad de la calle, en búsqueda de las piedras más oscuras para cumplir una especie de ritual. Solo aquel árbol de frondosidad desconocida me sacaba de mis juegos. A un costado del árbol, una pequeña silla de madera era testigo de mis ecos y cuentas de canasto. Cada día la encontraba en una posición diferente. Una especie de minuterero.

Esa era la última calle antes de regresar a casa. Así, unos días intenté salir más temprano, con la firme curiosidad de conocer el dueño de aquel espacio. Tuve problemas con la venta, pasaba muy rápido por las otras calles y los clientes no atendían mi afán. En silencio entregaba a mi madre las pocas monedas, y yo sentía que el canasto me juzgaba. En qué momento le contará toda la verdad.

Clausuré ciertas calles. Al llegar, caminaba lento, mirando de reojo a las puertas y ventanas; el viento, en sus bromas, hacía mover las rejas para la curiosidad. Ah, la silla, sola, en otra posición, mirando algún lado de la calle; una especie de centinela, un guardián de las escasas ramas de aquel árbol. Ese

día sentí la necesidad de dejar algún mensaje; coloqué un envuelto y corrí con el miedo de que alguna voz me alcanzara.

Hubo días que no visité la calle, pues aquel gesto pudo ocasionar molestia. Una vez dominada la culpabilidad, retomé mis visitas con el fin de vender todo. Detallaba mis quince calles, ofrecía en cada puerta, me tomaba el tiempo de fisgonear alguna conversación o juego de ajedrez. La tarde se hacía fría y los dos envueltos que permanecían en el canasto se tejieron con la calle inesperada. Ahí estaba, sola. Sentí que habían pasado años. Caminé despacio. La tarde caía y algún viento movía las ramas secas. La silla me miraba. El resplandor que emanaba de ella me sembró la curiosidad y, antes de llegar, reconocí la moneda: una moneda del valor de un envuelto. Giré para todos los lados en busca de un rostro o una ventana o una voz. Tomé la moneda y dejé el envuelto. Despacio, me fui caminando sin guardar la moneda con las otras.

Aquella noche detallé la moneda en busca de algún mensaje. Era otra moneda de un cliente, pero... ¿qué cliente? Las siguientes tardes eran lo mismo: dejaba un envuelto y recogía una moneda. Los fines de semana me acostaba en mi habitación tratando de imaginar quién sería aquel extraño comensal.

Una mañana no fui a estudiar y me puse a trabajar con mi madre en la preparación de los envueltos. En apenas dos horas habíamos terminado la producción del día. Yo preparé el envuelto para el comensal, para aquel comensal que me había dejado rodar la moneda. Tuve tiempo de alistar el canasto, leer y sacudir los zapatos, antes de dejar el libro en la cama.

Aquella tarde cambié el recorrido. La última cuadra de rejas y de calle empedrada, pocas puertas y muchas ventanas, fue la primera. Quise dejar el primer envuelto y recoger las monedas. Sin embargo, la calle no estaba. Desapareció. En aquel árbol de siempre otoño no había más que un bloque de madera que sostenía una silla apolillada. Y ahí, al lado, los rastros de las hojas de un envuelto. Caminé la calle empedrada tratando de reconocer la geografía, las piedras de tamaño y de colores. Y me alcanzó una voz:

– Niño: la moneda se le ha caído. Rodó.